

Las lecciones del Brexit

Alejandro Cercas Alonso

Universidad de Extremadura

Introducción

El 23 de junio de 2016, el 52% de los británicos votaron favorablemente la salida del R.U. de la Unión Europea. Una mayoría ajustada, pero suficiente, para que se iniciaran los trámites del Art. 50 del Tratado para romper una relación que se había iniciado el 1 de enero de 1973 y que los británicos habían ratificado en referéndum, el 5 de junio de 1975, con un abrumador voto favorable del 67%.

El primer ministro Cameron, al convocar la consulta sobre el Brexit, no se percató, desafortunadamente, de que estaba jugando a la ruleta rusa: esta vez podía perder el favor de la opinión pública y abrir, en consecuencia, la caja de Pandora y sumir al Reino Unido en su mayor crisis después de la Segunda Guerra Mundial y fracturar su Partido y el de la oposición.

Hay sobradas evidencias de que Cameron ni deseaba ni imaginaba un resultado adverso y que embarcó a su país, y a Europa, en esta aventura por el frívolo cálculo taticista de que, así, frenaría la escalada del Partido de la Independencia (UKIP), que ya había sido el Partido más votado en las elecciones al PE de 2014 y la continua fronda de los torys más euroescépticos.

Cameron confiaba en que el éxito de este órdago se lograría porque Bruselas se mostraría colaboradora y concedería nuevas concesiones y excepciones para que los votantes más dubitativos optaran por la permanencia. Con este plan estaba confiado en repetir el éxito del referéndum del 75 y silenciar a los eurofóbicos de dentro y fuera de su Partido.



Como siempre ha ocurrido, las políticas irresponsables terminan acarreando males sin cuento. Y la de Cameron se ha ido poniendo en evidencia a medida que pasan los meses y las nefastas consecuencias del referéndum se hacen más patentes.

Me propongo exponerles que, paradójicamente, se puede sacar algo positivo de estas lamentables decisiones. Las circunstancias negativas o dolorosas pueden ser ocasión para crecer en el conocimiento, corregir las debilidades y acrecentar las fortalezas. Eso hacen las personas y las instituciones inteligentes: el pasado es irrecuperable y de nada vale llorar por el agua derramada, pero podemos utilizar las dificultades del presente para optimizar las oportunidades que se presenten en el futuro.

La historia nos muestra que la Unión se fue fortaleciendo en las crisis y en los fracasos, y solo cuando tuvo que enfrentar retos difíciles se atrevió a salir de las zonas de rutina o de confort. Y que su morosidad en la toma de decisiones y los difíciles acuerdos solo se solucionan cuando la Unión entra en modo de riesgo. Probablemente porque la integración camina más por la necesidad que por la virtud de nuestros dirigentes.

Tal como dijo D. Fernando de los Ríos a los alumnos que intentaron socorrerle cuando perdió pie al bajar del tren en Granada: “Señores, alegren sus caras, que quien tropieza y no cae, avanza”, que era la traducción granadina de la célebre reflexión de Nietzsche “lo que no nos mata nos hace más fuertes”.

Entre las muchas enseñanzas que nos muestra el Brexit les voy a referir las que entiendo que como españoles, además de como europeos, nos pueden servir para tomarnos más en serio esto de la política:

1. Que Europa es vulnerable.
2. Que pese a ello Europa se ha mostrado muy resiliente.
3. Que los divorcios y las separaciones son muy caros.
4. Que además son muy dolorosos y traumáticos, y
5. Que el referéndum se ha mostrado como un pésimo instrumento de resolución de conflictos identitarios.

Concluiré exponiéndoles que el Brexit puede ser una excelente oportunidad para reparar y reformar todo lo que en Europa, y es mucho, hay que reparar y reformar.

1. Europa es vulnerable

Desde su origen, el proyecto de integración europea galopó pletórico de optimismo. Los éxitos frente a las experiencias nacionalistas del pasado y el fracaso de los modelos alternativos hicieron que se consolidara la ilusión de que, pese a los altibajos, el proyecto avanzaba imparablemente, en extensión y en intensidad. Era una visión determinista para la que el camino de la unidad era irreversible.

A mis alumnos les muestro una imagen de esa percepción: las sucesivas e imparable ampliaciones, desde los seis países pioneros del centro de Europa, con 1 millón de kilómetros y 170 millones de habitantes, hasta la Europa con 28 países, 4 millones de kilómetros cuadrados y 500 millones de habitantes. El proyecto que empezó con una parte de la parte occidental, terminó incorporando a la casi totalidad de la Europa geográfica. Primero, a los que habían intentado rivalizar el Proyecto con otro limitado al libre comercio; después, a los del Sur que habían quedado fuera por estar bajo dictaduras; y por último, tras la caída del muro, a los se situaron en la neutralidad o en el bloque soviético.

De manera que pareció que había fallado el escepticismo realista de Tony Judd, pues el proyecto integrador tuvo la ambición y la generosidad suficiente para acoger a todos y seguir creciendo y fortaleciéndose con los dividendos de la paz. Las cosas, sin embargo, parecen que no iban a ser tan gloriosas...

El proyecto también maduró cualitativamente, en la doble dirección del grado de integración de las políticas y del alcance supranacional.

Antes del Brexit se debatía si había que priorizar la ampliación o si era llegado el momento de profundizar y completar las capacidades del club. Tras la crisis de 2008 aparecieron signos que inquietaban la pervivencia del modelo y, al día siguiente del referéndum británico, ya fue ante la Unión que se abrió un abismo al perder un socio tan estratégico y al tomar carta de naturaleza un precedente que podía ser letal si se extendía.

El riesgo de contagio amenazaba varios países, incluida Francia. Los viejos y nuevos nacionalismos estaban en ascenso y habían declarado anatema el propósito de los Tratados de construir “unión cada vez más estrecha”. La demagogia, el populismo y los movimientos eurófobos y xenófobos eran más que presentes y fuertes, surfeando la ola del miedo a la globalización y a los movimientos migratorios.

Si algo faltaba para que Europa sufriera la tormenta perfecta, el Brexit ha encontrado como aliado al presidente americano, beligerante declarado contra la Unión y todos sus valores, incluidos la paz, el multilateralismo y los derechos humanos.

Trump hizo el gesto de recibir a Nigel Farage antes que a ningún otro líder europeo, Trump apoya sin rebozo a Boris Johnson en la pelea por el liderazgo tory, Trump alienta a todos y a todo lo que socave la Europa unida. Trump ha pasado de la enemistad a la amenaza, y de las groserías a los insultos contra los líderes y las instituciones europeos.

Europa tuvo en la relación trasatlántica el mejor amigo y aliado pero hoy, es claro, al otro lado del Atlántico tiene un poderoso y delirante enemigo que va a soplar cuantos incendios, como el del Brexit, socaven la Unión. Uno de los más agudos analistas de la coyuntura europea, Luuk Van Middelaar, ha escrito: “Como su homólogo ruso, prefiere vérselas con 27 países europeos relativamente pequeños que con un bloque unido”.

Hay que reconocer que la vulnerabilidad también se debe a que La Unión no tiene suficiente apoyo en la opinión porque no ha sabido o podido gestionar las dificultades de esta década con credibilidad.

Las políticas de abordaje a las crisis económicas, sociales y de deuda se han hecho, o por lo menos así han sido percibidas, con agresiones injustas a las clases medias y trabajadoras.

También se han mostrado tardías e insuficientes las políticas para gestionar el incremento de refugiados y asilados huyendo de la miseria en África y de los horrores de la Guerra en el Cercano y Medio Oriente. De todo ello se ha culpabilizado a Europa y, sin rubor ni fundamento, se ha hecho creíble a los mas agraviados que todos sus males tendrían remedio volviendo a levantar fronteras y soberanías nacionales.

2. Europa ha mostrado su resiliencia

Europa ha mostrado que es vulnerable pero que no es, en absoluto, frágil. Al contrario, ha mostrado su fortaleza, su capacidad de resistir y la voluntad de seguir avanzando.

Los golpes recibidos, lejos de debilitar el propósito unitario, han producido un efecto catártico en todas las Instituciones. Incluso en el Consejo, donde era más de temer la capacidad disolvente de la iniciativa británica, los Jefes de Estado y de Gobierno han mantenido sorprendentemente una unidad sin fisuras.

Cuando ha llegado el momento de la verdad, todos han sido conscientes de que los europeos solo unidos tienen alguna posibilidad de éxito ante la globalización y los nuevos diseños geoestratégicos de americanos, rusos y chinos, y que, desunidos, los viejos, pequeños y menguantes países europeos están abocados al basurero de la historia y a la irrelevancia.

Esta conciencia de los riesgos y la necesidad han cohesionado a los 27. Los momentos más peligrosos de la negociación se han resuelto con enorme eficacia y brillantez. Las tres instituciones y sus equipos negociadores han mantenido una robusta unidad de doctrina en su estrategia y en las opciones tácticas.

Había el temor ante lo complejo de la negociación que los viejos zorros del Foreign Office mantuvieran una capacidad negociadora contundente y que con facilidad rompieran la compleja y difícil unanimidad en las Instituciones y en los Estados.

De manera ejemplar los tres Presidentes y sus equipos de negociación liderados por Michel Barnier han jugado como un auténtico *dream team*, mientras que los del otro lado de la mesa han naufragado huérfanos de coherencia y rotos en divisiones partidistas y objetivos cortoplacistas. El resultado, en la forma y en el fondo finalmente acordado, arroja una contundente victoria para el equipo comunitario y los intereses presentes y futuros de la Unión.

No hay que olvidar que en el Reino Unido la voluntad unionista en el referéndum fue mayoritaria en las ciudades, notablemente en Londres, en los campus universitarios y centros de investigación, en el mundo industrial y financiero y, lo que es más esperanzador, masivamente en la población juvenil. Los sentimientos europeístas y la demanda de un referéndum confirmatorio siguen incrementándose en la sociedad civil, es mayoritario en afiliados y diputados laboristas, en franca disidencia con la tibia posición de su líder Jeremin Corbin, euroescéptico de corazón. Empieza a ser más contundente la posición sindical: David Prentis, Secretario General del mayoritario Unison acaba de declarar que “la ciudadanía debe poder pronunciarse sobre cualquier posible acuerdo y no podemos permitir que el futuro del Reino Unido se estrelle contra las rocas de un Brexit salvaje”.

Las recientes elecciones han puesto de manifiesto el malestar contra el caos de los conservadores y la ambigüedad del liderazgo laborista. El caos en el Parlamento británico es buena muestra de que los nacionalistas británicos, parafraseando a Hölderling, son dioses cuando sueñan y mendigos cuando piensan.

Por el contrario, Bruselas ha mostrado competencia y seriedad y, contra tantos Jeremías que pronosticaban el desastre, ha proporcionado una formidable ración de confianza para seguir adelante con más fuerza y determinación. Cuestión que se antoja más factible liberados del permanente freno británico.

La participación electoral en las recientes elecciones al Parlamento europeo ofrecen una señal inequívoca: que crece el interés y el afecto por la Unión que ya venían detectando las investigaciones sociológicas de Eurostat.

La tradicional tendencia al declive ha sido corregida con un incremento de más de 8 puntos, un 20% más que en las elecciones de hace 5 años y récord desde 1994. No sabemos cuánto de ello se debe a una reacción frente a la amenaza del Brexit, pero todo parece indicar una correlación entre ese cambio y la tormenta desatada al otro lado del canal contra la misma pervivencia del proyecto europeísta.

Los resultados de las elecciones también muestran lo sólidamente anclados que están en la opinión los partidos que se declaran inequívocamente unionistas. La anunciada debacle de los mismos y los alarmantes anuncios de una posible minoría de bloqueo de carácter eurofóbico se han visto desmentidos: hay solo una pequeña inflexión a la baja que, provisionalmente, hasta que se vayan definitivamente los británicos se puede cifrar en 22 escaños en una cámara de 751 diputados.

Ha habido, eso sí, una recomposición interna en las filas europeístas a favor de liberales y verdes y en detrimento de populares y socialdemócratas, que cambiarán el juego de alianzas histórico, pero no en una pérdida del compromiso europeísta de la inmensa mayoría de la Cámara.

3. Los divorcios son difíciles y costosos

Todo el mundo sabe que los divorcios acarrearán dificultades y no son gratis. La única novedad del divorcio del Brexit es que las dificultades y los costes han empezado a cobrar su tributo antes de la ruptura.

Los soberanistas aseguraron que la economía del Reino Unido tendría un futuro más brillante fuera de la Unión. La quimera ha tenido una vida corta. Según los estudios de Ipsos MORI, la mayoría de los británicos votaron creyendo que su vida no iba a cambiar o que iría a mejor. Ya son cuantificables los daños que ha producido el mero anuncio de la ruptura por las expectativas de lo que ello acarreará en la economía británica.

Si el primer indicador de lo que le espera a la economía es el valor que dan los mercados a la moneda, la libra sufrió inmediatamente un desplome del que no se ha repuesto más que con pequeños repuntes cuando han aparecido en el horizonte motivos para pensar que un segundo referéndum era posible. La consecuencia inmediata ha sido que la inflación en el Reino Unido ha triplicado los

registros de la media de la Unión, rompiendo una tendencia histórica de índices equivalentes.

Inmediatamente los datos de crecimiento económico comenzaron a desacelerarse. Los datos de la OCDE muestran que el crecimiento del PIB británico desde 2017 es solo la mitad que el que tienen los grandes países del G7, cuando en los años previos venía creciendo en casi el doble. El Reino Unido ha pasado, en el G7, de ser uno de los campeones en crecimiento a uno de los peores entre los de su tamaño y capacidad.

Y todo lo anterior aunque el divorcio aún no se ha consumado. Los costes que acaezcan cuando la ruptura sea definitiva solo pueden ser objeto de estimaciones y a ello han dedicado gran empeño todo tipo de entidades en el Reino Unido, en las instituciones comunitarias y en los estados miembros. Lógicamente, las consecuencias variarán si la separación se hace de manera ordenada o si será sin acuerdo.

- La OCDE ha evaluado tres posibles escenarios en el largo plazo: en el optimista, el Reino Unido verá caer su PIB en tres puntos porcentuales y los hogares británicos perderán 1.500 USD, en el intermedio un 5% y 3.000 USD y en el pesimista un 8% y 5.000 USD, respectivamente.
- El Gobierno del Reino Unido ha estudiado hasta diez diferentes hipótesis de separación y en varios escenarios para realizar estimaciones de crecimientos del PIB y del PIB per cápita. Todas las hipótesis arrojan pérdidas estimables que varían entre 0,6 y 9 puntos del PIB.

El escenario más dramático, como es lógico, es el que se estima con ruptura sin acuerdo. En tal caso, advierten en el RU los expertos y organizaciones de sectores estratégicos, el caos puede acarrear, temporalmente al menos, consecuencias catastróficas para el normal abastecimiento de bienes y servicios esenciales.

En todas las hipótesis quien sufrirá los peores efectos será el Reino Unido, cuyo comercio con la Unión Europea representa la mitad de todas sus transacciones exteriores. El impacto de las trabas aduaneras también afectará a sectores exportadores o importadores de la Unión pero en mucha menor medida, ya que el Reino Unido representa algo menos del 10% del total de las transacciones exteriores de la Unión.

Obviamente estos porcentajes son medias estadísticas y hay valores muy heterogéneos según los sectores y los países. Digamos por ejemplo que a España le afectaría en mayor medida un Brexit duro y sin reglas al ser el Reino Unido uno de nuestros socios comerciales más importantes y el país del que provienen el mayor número de clientes para nuestra industria turística.

4. Una amputación peligrosa y dolorosa

Los efectos más graves no se limitan a los mensurables en términos económicos, porque el Brexit no es solo un divorcio o una separación del mercado interior o de la Unión aduanera, es una amputación de la ciudadanía europea que representa para millones de ciudadanos una agresión a su identidad, a su modo de vida, a sus derechos políticos y sociales. Lo patético es que los brexiters también lo van a sufrir y terminarán por saber que con la pérdida de la ciudadanía europea ocurre como con la salud, que solo se valora su importancia cuando falta.

Para los que viven en la isla de Irlanda, la amputación de la ciudadanía común tendrá otros efectos añadidos porque les retrotraerá a tiempos de conflictos que pueden volver con encono como fruto amargo de la reconstrucción de la frontera.

En Irlanda es donde mejor se percibirán también consecuencias que van más allá de los costes añadidos a la economía y al comercio: acaba de hacerse público un estudio confidencial en el que el Gobierno del Reino Unido detalla cómo afectará el Brexit a 142 áreas de la vida de la gente en el Norte de Irlanda, sobre todo para la de los más frágiles, a los que la ausencia de fronteras les había producido más oportunidades para su educación, su salud, sus expectativas de vivienda o de empleos.

No es de extrañar que el gobierno del Brexit tuviese el estudio en secreto ante el comité legislativo competente, porque los efectos que se detallan son demoledores en la salud y la educación. Un ejemplo, entre muchos otros ocultos, es la posible pérdida de tratamientos para los niños con enfermedades congénitas de corazón al estar las unidades unas en Dublín y otras en Belfast. Es un solo ejemplo en una larga lista que comprende desde programas de investigación contra el cáncer hasta el uso de la telefonía móvil o los proveedores de internet. Y es comprensible porque los cientos de lazos cooperativos y de vida en común tejidos en 45 años juntos no se desatan ni fácil ni indoloramente.

Los derechos laborales y sociales que se van a esfumar al perder la ciudadanía europea raramente se comentan pese a que lo van a sufrir millones de trabajadores, sus familias y millones de beneficiarios de todas las ramas de la seguridad social, incluidas las pensiones.

Los reglamentos y directivas de las condiciones de trabajo cubren lagunas legales que existen en el Reino Unido en temas fundamentales como horarios y descansos, higiene y seguridad, el diálogo y la concertación social. El Brexit significará la victoria de la coriácea patronal británica en su lucha de décadas contra el derecho del trabajo de la Unión y la jurisprudencia del Tribunal de Luxemburgo.

En cuanto a las ramas de la seguridad social y a las pensiones públicas las afectaciones serán, sin paliativos, de una importancia extraordinaria: los Reglamentos de Coordinación de la Seguridad Social garantizan principios tan fundamentales

como la igualdad de trato, el cómputo de los periodos de cotización realizados en otros países, el mantenimiento de los derechos y la exportación de los beneficios.

El día siguiente del Brexit estas garantías desaparecerán, salvo que se firmen una ingente cantidad de convenios bilaterales, y la experiencia nos dice que en esa hipótesis los negociadores del RU no entregarán las condiciones de igualdad y progreso contra las que tanto batallaron cuando se elaboraron en el Parlamento y en el Consejo lo Reglamentos.

El prestigioso Instituto Britain Thinks acaba de publicar dos completos estudios, cualitativos y cuantitativos, de cómo ha afectado ya el Brexit a la vida, privada y pública, de los ciudadanos británicos, aunque aún no se hayan materializado todas las consecuencias de ruptura. Enumero la radiografía que nos presentan sus estudios:

- La otrora ejemplar y flemática sociedad británica hoy se observa, de forma similar los que votaron irse o permanecer, dividida, preocupada, llena de negatividad, vergüenza y confusión.
- El 65% es pesimista sobre el futuro post Brexit, incluido un 50% de los que votaron la ruptura.
- El 69% de los encuestados opina que se ha roto la unidad moral de la nación. El 72% cree que esta división se acentuará en los próximos 12 meses.
- Más del 74% de los británicos afirma que el referéndum ha dinamitado la confianza en sus políticos y en su sistema.

En resumen, el estudio de British Thinks muestra una catástrofe sin paliativos, el espacio no materialista para la vida de la gente:

- La seguridad, arruinada por un cúmulo de incertidumbres.
- La cohesión cultural y política de la nación, literalmente dinamitada.
- El orgullo de la gente en su País y de su Sistema, mutado en una nación que se ve en declive, poco respetada, y con un sistema de valores destruido.

5. El referéndum no fue un buen método

Millones de británicos, y no solo quienes votaron a favor de continuar unidos, sienten que el Brexit ha sido un enorme engaño con consecuencias de las que no fueron advertidos. Y crece la demanda para que se ratifique o rectifique la ruptura y que los partidos devuelvan la voz al pueblo para un nuevo referéndum en el que puedan votar con conocimiento de causa y vacunados contra las mentiras y manipulaciones. Es paradójico que rechacen esta demanda quienes afirmaron que los referéndums y la democracia directa eran el bálsamo de fierabrás que cura todas las miserias e insuficiencias de la democracia representativa.

El Brexit enseña algunas cosas sobre tales doctrinas. David Davis, uno de los responsables del Brexit, escribió hace algunos años lo siguiente: “El referéndum tiene muchas virtudes pues permite al pueblo británico expresar su opinión sobre el futuro de la nación y, sobre todo, ofrece al gobierno un formidable arma de negociación”. Se entiende que para doblarle el brazo a Bruselas en la negociación que él mismo dirigiría en 2017. Cameron, como hemos visto, le veía otra virtud: coronarse como líder indiscutible de su partido y del país borrando a todos sus competidores.

He tomado estas citas para ilustrar cómo en demasiadas ocasiones, y esta es una de ellas, los referéndums más que para empoderar al pueblo sirven para objetivos más pragmáticos de empoderar a los gobiernos. Si repasamos la historia, y aún precaviéndonos contra las caricaturas, es observable cómo los referéndums, desde Napoleón, pasando por Hitler y Franco, han sido el instrumento legislativo preferido por los dictadores.

Además de los historiadores, muchos politólogos han llamado a la prudencia y han alertado de los riesgos de usar los referéndums, que solo permiten opciones simples y divisivas para abordar problemas complejos que necesitan una información veraz y un debate sereno.

La forma refrendaría escogida para el Brexit, y la negativa a un referéndum de ratificación de las condiciones de la ruptura, muestra que no han podido hacerlo peor. Se dan todas las características de la peor forma de la democracia, que el profesor Torreblanca advierte que se da cuando el debate político se basa en la simplificación y se impone la visión maniquea que polariza y divide a la sociedad.

En el Brexit los riesgos que acompañan a todos los referéndums, y especialmente a los que operan sobre debates identitarios y emocionales, se han producido, entre otros y con sus peores perfiles, con los siguientes fenómenos:

1. Un debate ensuciado: los tabloides, la prensa amarilla y el vendaval de *fake news*, de oscuros promotores y sirviendo muchas veces a intereses extra británicos, ensuciaron el debate con sus mentiras y manipulaciones.
2. Un debate irracional: el debate racional se hizo imposible frente al fácil recurso a las consignas y argumentarios fomentadores de sentimientos nacionalistas y eurofóbicos.
3. Una ventaja para los populistas: el mejor campo de juego para los líderes y las ideas más groseras que exaltan las pasiones populistas, xenófobas y racistas.
4. La verdad fue la primera víctima: en un debate irracional la realidad no cuenta y las evidencias no existen. De nada valió mostrar lo bien que le había ido económicamente al RU desde su incorporación o los problemas que les esperaban tras la ruptura: porcentajes de más del 60%, según los sondeos de Ipsos MORI, afirmaban que el Brexit no supondría ningún

problema en Irlanda y el 70% negaba que tuviera repercusiones negativas para las economías familiares.

5. Hizo creíbles las patrañas más alucinantes. Por ejemplo, que la permanencia les costaba 350 millones de libras semanales, lo cual explicaba las penurias del Sistema Nacional de Salud. Trola, por cierto, de la que Boris Johnson fue el principal impulsor y que hizo popular y mayoritaria entre el 80% de la población.
6. Y, por último, es de notar cómo esta vital cuestión se dilucidó por un escaso margen y en medio de una volatilidad electoral que cambiaba de día en día y de semana en semana, al calor de la última noticia o rumor.

Y quiero subrayar esta última observación porque una de las características de este referéndum, al tratarse de un tema identitario y de derechos lo que se legitimó en nombre de los sentimientos de una exigua mayoría, es la desposesión de su ciudadanía europea a millones de británicos a los que se privará, contra su voluntad, de derechos sociales y políticos.

Es la aberración de la forma dicotómica de la política, en la que el 51% todo lo gana y condena al 49% a que lo pierda todo. Las reglas formales de la democracia lo permiten pero, qué duda cabe, esa es la peor de las formas de la democracia.

6. Conclusión: hacer del Brexit una oportunidad

La Unión ha resistido, no ha habido efecto dominó, ha servido temporalmente como antídoto y, si se actúa inteligentemente, va a servir para reparar y reformar los elementos que producen la vulnerabilidad del proyecto de integración europea.

Las ambiciones de la Unión siguen intactas pero los medios siguen siendo precarios y escasos para poder abordar los retos de este Siglo XXI. Con la sola conciencia no se evitarán las recaídas. Será precisa la acción y poner en marcha los remedios.

El Brexit ha significado sin duda una dolorosa toma de conciencia de que hay un problema de distancia y desafecto con muchos europeos, sobre todo con los más frágiles en el nuevo sistema de la globalización. Esta deslegitimación es la base de relanzamiento de las distopías nacionalistas.

Por eso quiero concluir recordando a Jean Monnet y a su advertencia: nosotros no coligamos Estados, nosotros unimos a las personas.

Las personas no se guían o seducen con la moneda y la macroeconomía sino con los relatos, los proyectos y los hechos que les ayudan a vivir de manera más próspera y segura. La cuestión en esta hora de relanzamiento de los nacionalismos es demostrar que unidos es un proyecto de futuro mejor para la gente que desunidos y separados.

El proyecto europeo ha cubierto gloriosamente 60 años de la historia del continente. Hizo frente exitosamente al mundo de la posguerra y al de la guerra fría. Pero hoy debe afrontar nuevos retos que no va a superar con los instrumentos y el relato del pasado. Las principales cuestiones son la globalización, con sus secuelas de conflictos y movimientos poblacionales, y el cambio tecnológico con sus requerimientos de las nuevas cualificaciones, empresas y empleos.

La idea de la integración europea tiene un gran apoyo y la racionalidad de la idea unitaria es ampliamente compartida. Pero la Unión está amenazada porque no ha sabido o podido sacar todos los beneficios y sinergias que ofrece la Unión de 28 estados, su gran mercado, y sus grandes activos culturales y morales. Lo que le falta a Europa es llevar a la práctica todos los diagnósticos que tiene sobre las cuestiones que han de ser reparadas y reformadas para ser eficaz y dar certezas a los ciudadanos de que merece la pena compartir derechos y deberes en el marco supra nacional.

Las reformas que piden a gritos ser tomadas en consideración por los Jefes de Estado y de Gobierno están en la mente de todos, y la Comisión Juncker ha dejado una hoja de ruta bien explicitada: la Unión económica y monetaria, un verdadero pilar social; dotar a la unión de una política vinculante de emigración y asilo que conjugue la seguridad en las fronteras exteriores, los requerimientos humanitarios y el reparto de los costes; una política de seguridad común; y un desarrollo de todas las capacidades científicas e investigadoras, de programas eficaces que ayuden a los jóvenes.

Como conclusión, manifiesto mi convencimiento de que Europa ha entrado definitivamente en modo político y no es posible continuar con el status quo y los acuerdos intergubernamentales. El futuro de Europa exige abrir una nueva etapa para que sus ciudadanos refuercen la idea de continuar juntos y no sigan los cantos de sirena de los viejos nacionalistas y de los nuevos soberanistas.

Tiene por tanto que acometer en esta legislatura, básicamente, una tarea de legitimación ante la ciudadanía, a la que tiene que ofrecer un relato y una agenda más política, más clara, más transparente, más democrática, más coherente con las demandas de seguridad y progreso social en este nuevo mundo globalizado. ■

